

Salud laboral y libros de texto

Existe una justificada preocupación sindical por la salud laboral del profesorado. A menudo, esta preocupación se centra en determinadas enfermedades “físicas” o en las presiones psicológicas relacionadas con el modo en que interiorizamos el conflicto de intereses entre sujetos dentro de la institución. Sin embargo, todavía no conozco estudios de salud laboral que se ocupen de una práctica profesional que a mi modo de ver tiene importantes repercusiones sobre la salud mental del profesorado. Me refiero -ustedes me perdonarán- al uso habitual del libro de texto. En la producción de los múltiples agujeros de las obras municipales sobre la ciudad, veo que el trabajador usa el martillo neumático y se protege los oídos contra el ruido intenso. Mi preocupación es si el uso continuado por el maestro del libro de texto como herramienta habitual de trabajo en el aula, no debería también estar acompañado de alguna forma de protección. Les indicaré ahora algunos de esos peligros por si la reivindicación sindical tiene a bien incluirlos en sus estudios e informes.

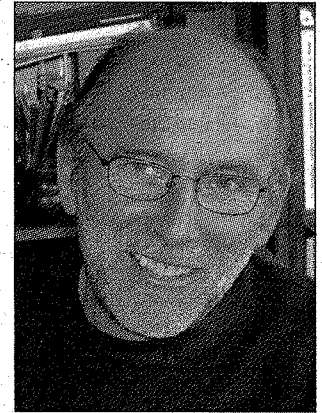
En primer lugar, los peligros de la contaminación por estereotipos: sexistas, belicistas, eurocéntricos o de cualquier otra índole ideológica poco recomendable. Sin ir más lejos, el estudio publicado por Ecologistas en Acción (2007, Editorial Popular) viene a mostrar que

los libros de texto tienen una concepción del desarrollo y la sostenibilidad bastante discutible. Uno empieza enseñando con las páginas del texto un día y otro día y acaba creyendo que el progreso es eso que muestran las fotografías. Pasa lo mismo con el estereotipo viril: aunque hemos mejorado desde aquellos informes del Instituto de la Mujer a mediados de los 80, los últimos estudios al respecto nos dicen que se sigue ignorando o discriminando los saberes y las experiencias de las mujeres. Enseñar con uno de los últimos libros de texto que yo analicé significaba creer que todos los padres y todas las madres trabajaban -o sea, que no existía el paro- y que en las escuelas públicas no había niños y niñas colombianos, chinos, rumanos, ecuatorianos, senegaleses... en fin, que el aula es un formidable estándar cultural homogéneo.

Pero quizá no sea este el principal peligro. Subrayar la omnipresencia del libro de texto en el aula es, al mismo tiempo, alertar sobre los vínculos con el desarrollo profesional docente. Hace más de tres décadas Michael Apple advirtió la contribución del texto escolar a lo que conceptualizó como proletarianización y descualificación del docente. En nuestro país algunas investigaciones profundizaron sobre esta cuestión, pero sigue siendo uno de los aspectos menos reconocidos cuando se abre el debate entre el profesorado. ¿Cómo es posi-

ble no entender que el uso continuado de una determinada herramienta de trabajo acaba conformando una mentalidad sobre el propio trabajo? Para decirlo con los conceptos que nos proporcionó Bourdieu, la presencia del libro de texto hay que verla en el interior del campo social de la educación conformado por relaciones objetivas e históricas entre posiciones ancladas en ciertas formas de poder (o capital). Y esta presencia en el interior de este campo conforma un *habitus* docente por el que ese conjunto de relaciones históricas se “depositan” dentro de los cuerpos de los individuos bajo la forma de esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación y acción. O sea, que la herramienta de trabajo que facilita el proceso de desarrollo curricular es al mismo tiempo una constante limitación a la imaginación y creatividad docente. Y que su uso continuado acaba disminuyendo el deseo e iniciativas innovadoras surgidas de la propia problematización de la práctica curricular. En un reciente documental que realicé sobre la pedagogía Freinet, las maestras del Movimiento Cooperativo de Escuela Popular declaraban que con esta pedagogía los libros de texto no solo eran innecesarios, es que acabando siendo molestos.

Por eso sorprende un poco que no se problematice esta práctica. Un puesto de trabajo en el que no se incentive la creatividad y



JAUME MARTÍNEZ BONAFÉ
Profesor de Didáctica.
Universidad de Valencia

en el que las herramientas de mayor uso vienen a intensificar modelos profesionales reproductivos de saberes estandarizados es, ciertamente, un puesto de trabajo poco competitivo. Hace bastantes años, una de las reformas educativas en los EEUU se basaba en la producción de “materiales a prueba de profesores”. Así de provocadora era la formulación: se trataba de implementar un tipo de material curricular cuyo diseño impidiera la equivocación profesional del docente. ¿No les parece preocupante? ¿No valdría la pena tomar en serio esta cuestión en los programas de formación inicial y permanente? El atontamiento o la alienación profesional, ¿no debería formar parte de los estudios de salud laboral?